



ELIZABETH  
PETERS

LOS ACTOS DEL  
PERTURBADOR

*Una aventura de Amelia Peabody*



Amelia no necesita dejar Inglaterra en 1896 para encontrar asesinatos y tumultos. Cuando un vigilante nocturno del Museo Británico muere con una expresión aterrorizada en la cara delante de un sarcófago embrujado de una momia, Amelia sabe que debe llegar al fondo de ello.

Versada en los peligros de antiguas maldiciones, Amelia empieza a comprender que una maldición contemporánea puede ser igualmente mortal. Y descubre que las calles familiares de Londres pueden ser tan traicioneras como los callejones de El Cairo después del anochecer, especialmente cuando un cerebro malvado pone sus vistas asesinas en su implacable perseguidora... ¡Amelia Peabody!

Su hermana era su protectora.  
Ella, que marcha contra el enemigo.  
Que frustra los actos del perturbador.  
Por el poder de sus palabras.

La de lengua afilada,  
cuyo discurso no desfallece.  
Admirable dando órdenes.  
¡Poderosa Isis!

«Himno a Osiris».  
Decimoctava Dinastía

## Capítulo 1

En muchos aspectos me cuento entre las mujeres más afortunadas. Seguramente, un cínico podría indicar que esto no era una gran distinción en el siglo XIX de la era cristiana, cuando las mujeres estaban privadas de la mayor parte de los «derechos inalienables» reclamados por los hombres. Este período de la historia a menudo es conocido por el nombre de soberano; y aunque nadie respete a la Corona más que Amelia Peabody Emerson, la honradez me obliga a indicar que las observaciones ignorantes de su graciosa Majestad sobre el sexo que representaba no hacían nada por elevarlo de la baja estima en la que era retenido.

Divago. Puedo refrenarme de hacerlo, pero todas las injusticias de mis oprimidas hermanas siempre despertarán una llama de indignación en mi pecho. ¿Cuán lejos estamos todavía de la emancipación que merecemos? ¿Cuándo, oh, cuándo prevalecerán la justicia y razón, y la Mujer descenderá del pedestal en el que el Hombre la ha colocado (para evitar que haga algo aparte de permanecer perfectamente inmóvil) y tomar el lugar que le corresponde por derecho al lado de él?

Sólo el cielo lo sabe. Pero como decía, o estaba a punto de decir, yo era lo bastante afortunada como para saltar (algunos quizá digan atravesar) sobre las barreras sociales y educativas erigidas al progreso femenino por personas celosas del otro sexo. Habiendo heredado de mi padre tanto

una independencia financiera como una educación clásica completa, me embarqué para ver mundo.

Nunca vi el mundo, me quedé en Egipto, en la tierra antigua de los faraones encontré mi destino. Dado el tiempo que he seguido la profesión de arqueología, y aunque la modestia me impide reclamar más de lo que es debido, puedo decir que mis contribuciones a esta profesión no han sido insignificantes.

En esos esfuerzos he sido asistida por el egiptólogo más grande de este o cualquier otro siglo, Radcliffe Emerson, mi prestigioso y devoto cónyuge. Cuando doy gracias al Creador benévolo (como hago con frecuencia), el nombre de Emerson figura en un papel prominente de mi conversación. Pero, aunque el trabajo y la inteligencia no juegan un papel pequeño en el éxito material, no puedo reclamar ningún crédito por ser Emerson lo *que es*, o *dónde* estaba, cuando nos conocimos por vez primera. Sin duda no fue fortuito, ni un capricho vano de la fortuna lo que incitó el acontecimiento catastrófico. ¡No! El destino, el sino, llámele como se desee, estaba destinado a ser. Quizás (como a menudo reflexiono cuando estoy ociosa o de humor pensativo) los antiguos filósofos paganos tenían razón al creer que hemos vivido otras vidas en otras edades del mundo. Quizás ese encuentro en los vestíbulos polvorientos del viejo Museo Boulaq *no* fue nuestro primer encuentro; ya que hubo una familiaridad irresistible en esos ardientes orbes zafiro, esos labios firmes y el mentón con hoyuelo (aunque para estar seguros, en aquél momento estaba oculto por una barba tupida que más tarde persuadí a Emerson que se quitara). Todavía distraída y de humor pensativo, me permití la fantasía de vagar, como habíamos vagado quizás entre los poderosos pilares del antiguo Karnak, su fuerte mano bronceada agarrando la mía, su forma musculosa ataviada con la falda corta y el collar de cuentas que habrían mostrado su físico espléndido...

Percibo que me arrastra la emoción, como me pasa a menudo cuando contemplo los notables atributos de Emerson. Permítame volver a mi narración.

Ningún mero mortal debería esperar alcanzar la beatitud perfecta en este mundo imperfecto. Yo soy un individuo racional; no lo esperaba. Sin embargo hay límites en el grado de irritación que una mujer puede aguantar, y en la primavera de 18, cuando estábamos a punto de salir de Egipto después de otra temporada de excavación, yo había alcanzado ese límite.

Personas desconsideradas me han acusado a veces de tener un prejuicio injusto contra el sexo masculino. Incluso Emerson lo ha insinuado, y Emerson, de todas las personas, debería saberlo mejor. Cuando afirmo que la mayor parte de las injusticias que he aguantado han sido causadas por miembros de ése sexo, no es prejuicio sino una sencilla declaración de hechos. Empezando con mi estimable pero de forma exasperante distraído padre y cinco hermanos despreciables, continuando con varios asesinos, ladrones y canallas, la lista incluye incluso a mi propio hijo. De hecho, si sigo con el recuento, Walter Peabody Emerson, conocido por amigos y enemigos como Ramsés, ganaría el premio por la constancia y el grado de irritación que me provoca.

Uno debe conocer a Ramsés para apreciarlo. (Utilizo el verbo en su significado secundario, «ser completamente consciente de ello, por experiencia personal», en vez de «aprobar tibiamente o estimar sumamente»). No puedo quejarme de su apariencia, puesto que no soy tan estrecha de mente como para creer que la tez anglosajona es superior a la piel color oliva o a los rizos de la raza del Mediterráneo oriental a la que Ramsés se parece con fuerza (e inexplicablemente). Su inteligencia, como tal, no es una fuente de descontento. Había dado por hecho que cualquier niño de Emerson y mío exhibiría una inteligencia superior, pero confieso que no había anticipado que tomara tal forma extraordinaria. Desde el punto de vista lingüístico

Ramsés era un genio juvenil. Había dominado el idioma jeroglífico del antiguo Egipto antes de su octavo cumpleaños, hablaba árabe con una fluidez espantosa (el adjetivo se refiere a ciertos elementos de su vocabulario); e incluso su instrucción de la lengua nativa estuvo marcada a una edad temprana por una pesada pomposidad de estilo más apropiada para un erudito venerable que para un niño.

A menudo las personas se engañan a causa de este talento, al creer que Ramsés debe ser igualmente precoz en otras áreas. («Catastróficamente precoz» era un término a veces aplicado por los que se topaban desprevenidos con Ramsés). Aún así, igual que el joven Mozart, tenía un don supremo, un oído para los idiomas tan notable como fue el de Mozart para la música, y más bien por debajo de la media en otras áreas. (No necesito recordar al lector culto el matrimonio desgraciado de Mozart y su muerte miserable).

Ramsés no carecía de cualidades amables. Les tiene mucho cariño a los animales, a menudo en extremo, como cuando asumió la responsabilidad de liberar a los pájaros enjaulados y a los perros encadenados de lo que consideraba un castigo cruel y excepcional. Siempre sufría pellizcos y arañazos (una vez por un joven león), y los propietarios de los animales en cuestión con frecuencia se oponían a lo que veían como una forma de robo.

Como decía, Ramsés tenía unas pocas cualidades amables. Estaba completamente libre del esnobismo de clase. De hecho, el pequeño desgraciado prefería sentarse en el *suk* intercambiando historias vulgares con egipcios de clase baja, en vez de jugar a juegos agradables con chicos y chicas ingleses. Estaba mucho más feliz descalzo y con una *galabiyya* harapienta que llevando el agradable traje negro de terciopelo con el cuello de encaje.

Las cualidades amables de Ramsés... Desobedecía pocas veces una orden directa, siempre que, por supuesto, consideraciones morales más altas no tuvieran prioridad (siendo la definición de Ramsés), y la orden fuera formulada

en términos lo bastante específicos como para no permitir ninguna laguna legal a través de la cual Ramsés pudiera escabullirse. Habría requerido los talentos de un presidente del tribunal supremo y un director general de la orden jesuita formular tal orden.

¿Las cualidades amables de Ramsés? Creo que tenía otras pocas, pero no puedo recordarlas en este momento.

Sin embargo, por una vez no fue Ramsés quien me irritó esa primavera. No. Mi adorado, mi admirado, mi prestigioso cónyuge fue el culpable.

Emerson tenía algunas razones legítimas para estar de mal humor. Habíamos estado excavando en Dahshoor, un yacimiento cerca de El Cairo que contiene parte de las pirámides más nobles de todo Egipto. La concesión (permiso del Departamento de Antigüedades, dándonos autorización para excavar) no había sido fácil de asegurar, ya que el Director del Departamento, M. de Morgan, había pensado reservarse el sitio para sí mismo. Nunca le pregunté por qué lo abandonó. Ramsés participó de alguna manera; y cuando Ramsés estaba implicado, prefería no preguntar los detalles.

Conociendo mi pasión particular por las pirámides, Emerson estuvo ingenuamente complacido de ser capaz de proporcionármelas. Incluso me dio una pequeña pirámide para explorarla por mi cuenta, una de las pequeñas pirámides subsidiarias que fueron pensadas, como algunos creen, para los entierros de las esposas del faraón.

Aunque había disfrutado mucho explorando los corredores húmedos e infestados de murciélagos del monumento en miniatura, no descubrí absolutamente nada de interés, sólo una cámara vacía de entierro y unos pocos pedacitos de cestería. Nuestros esfuerzos por averiguar la causa de los vientos repentinos e inexplicables que barrían ocasionalmente los pasajes de la Pirámide Acodada se mostraron inútiles. Si allí había aperturas ocultas y corredores desconocidos, nosotros no los habíamos encontrado. Incluso la

Pirámide Negra, en cuya cámara hundida de enterramiento fuimos encarcelados una vez, resulto ser una desilusión; debido a un Nilo excepcionalmente alto, los pasajes más bajos estuvieron inundados, y Emerson no pudo conseguir la bomba hidráulica que había esperado utilizar.

Le contaré un pequeño secreto acerca de los arqueólogos, estimado Lector. Todos fingen ser muy altruistas. Declaran que su único objetivo en la excavación es destapar los misterios del pasado y añadirlos al conocimiento humano. Mienten. Lo que desean realmente es un descubrimiento espectacular, para poder conseguir que sus nombres salgan en los periódicos e inspirar envidia y odio en los corazones de sus rivales. En Dahshoor, M. de Morgan alcanzó su sueño descubriendo (me negué a preguntar cómo) las joyas de una princesa del Reino Medio. El encanto del oro y las piedras preciosas lanza un hechizo místico; el descubrimiento de Morgan (no he preguntado cómo lo hizo, y nunca lo haré), le otorgó la fama que deseaba, inclusive un artículo excesivo y una foto aduladora en el *Illustrated London News*.

Un llamado erudito que sobresalía en lograr ver su nombre impreso era el señor Wallis Budge, el representante del Museo Británico, que había suministrado a esa institución algunas de sus exhibiciones más finas. Todos sabían que Budge adquirió sus hallazgos no de excavaciones, sino de comerciantes de antigüedades ilegales, y los sacó de contrabando del país en contravención directa de las leyes que gobiernan tales exportaciones. Emerson habría despreciado seguir el ejemplo de Budge, pero se hubiera conformado con una estela como la que su rival principal, Petrie, había encontrado el año anterior. El mundo académico bíblico hablaba sobre ella, ya que contenía la primera y hasta ahora única mención en los registros egipcios de la palabra «Israel». Esto era un verdadero logro erudito, y mi estimado Emerson habría vendido su alma al Diablo (en quien no creía de todos modos) por un hallazgo semejante. Flinders

Petrie era uno de los pocos egiptólogos a quien Emerson respetaba, aunque a regañadientes, y estoy segura de que Petrie era recíproco en sus sentimientos. Ese respeto mutuo era probablemente la razón para la intensa rivalidad entre ellos, aunque ambos habrían muerto antes de admitir que estaban celosos el uno del otro.

Siendo un hombre (sin embargo superior a sus iguales), Emerson no puede admitir este deseo enteramente natural y razonable. Trató de culparme a Mí de su desilusión. Es verdad que un intervalo leve de trabajo detectivesco había interrumpido nuestras excavaciones por un tiempo, pero Emerson está bastante acostumbrado a ese tipo de cosas; sucedía casi cada temporada, y a pesar de sus incesantes quejas disfrutaba de nuestras actividades criminales tanto como yo.

Sin embargo, esta última diversión tuvo una característica excepcional. Una vez más, como en el pasado, nuestro adversario fue el misterioso Maestro del Crimen conocido sólo por su sobrenombre, Sethos. Una vez más, aunque habíamos frustrado sus ruines planes, él eludió nuestra venganza, pero no antes de que hubiera declarado una repentina y (para algunos) inexplicable fijación por mi humilde persona. Durante varias horas memorables yo había sido su cautiva. Fue Emerson quien me liberó, afortunadamente antes de que algo de interés excepcional ocurriera. Una y otra vez le aseguré a Emerson que mi devoción nunca se había debilitado; que la vista de él irrumpiendo por la puerta con una cimitarra en cada mano, preparado para luchar en mi nombre, fue una visión consagrada en lo más hondo de mi corazón. Me creyó. No dudó de mí... en su cabeza. Pero persistió una sospecha oscura, una llaga en el brote de cariño connubial, que no se disipaba.

Hice todo lo que pude para disiparla. De palabra y especialmente con hechos, no escatimé esfuerzos por asegurarle a Emerson mi inalterable consideración. Él apreció mis palabras (y especialmente mis actos) pero la duda vil persis-

tió. ¿Cuánto tiempo, me pregunté tristemente, duraría esta situación? ¿Con qué frecuencia debo renovar mis esfuerzos por tranquilizarlo? Comenzaba a pasarnos factura, tanto que Ramsés hizo comentarios acerca de los círculos oscuros bajo los ojos de su padre y preguntó qué impedía que descansara apropiadamente.

Uno nunca vacila cuando el deber (así como el cariño) llama, así que continué resueltamente mis esfuerzos hasta que el agotamiento completo forzara a Emerson a conceder que había demostrado mi caso. El descubrimiento de una inscripción en un bloque que nos permitió identificar al propietario hasta ahora desconocido de la Pirámide Acodada, le permitió terminar la temporada con un triunfo de algún tipo. Pero sabía que todavía estaba obsesionado, sabía que su ambición arrolladora no había sido satisfecha. Terminé la tarea de empacar nuestras posesiones con considerable alivio y ofrecí una cariñosa aunque (esperaba) temporal despedida a los restos cubiertos de arena de Dahshoor.

Cualquier mujer puede imaginar el placer con que contemplé nuestras habitaciones en el Shepherd, el más elegante de los hoteles de El Cairo. Esperaba un baño verdadero, en una verdadera tina, agua caliente, jabón oloroso y toallas suaves, los servicios de un peluquero y lavandería, tiendas, periódicos y la sociedad de personas refinadas. Habíamos reservado literas en el barco correo de vapor que zarpaba desde Port Said y que se dirigía directamente a Londres en once días. Habría sido más rápido tomar un buque dirección a Marsella, pero el viaje en tren desde esa ciudad a Londres, a través de París y Boulogne, era incómodo e inoportuno, especialmente para viajeros con mucho equipaje que transportar. No teníamos ninguna prisa especial y esperábamos un viaje relajado, pero antes de embarcar me sentí con derecho a unos días de lujo. Dudo que cualquier mujer pueda aceptar con más ecuanimidad que yo las dificultades del gobierno de la casa en una tienda o en una tumba abandonada o en un monasterio desierto y

embruado, con todos los cuales me había encontrado; o saborear más las bellezas de la vida en el desierto. Pero cuando la comodidad está a mano, creo en estar cómoda. Emerson no comparte este punto de vista. Es más feliz en una tienda que en un hotel fino, y aborrece la compañía de personas refinadas. Sin embargo, íbamos a estar en El Cairo sólo dos días, así que soportó su destino con resignación.

La tarde de nuestra llegada a la ciudad me encontró salpicando alegremente en mi tina, disfrutando de un momento raro de libertad. Ramsés se había ido con Abdullah, nuestro excelente *reis*, a una expedición u otra. La gata Bastet, que raramente abandonaba el lado del chico, se había negado a acompañarlo, lo que confirmó mi sospecha de que el viaje, con respecto al cual tanto Abdullah como Ramsés habían sido vagos, implicaba algo que yo no aprobaría. No importa, Ramsés estaba tan seguro en compañía de Abdullah como estaba con cualquier hombre o mujer. (Es decir, relativamente seguro). Volvería a su debido tiempo, apestando y mugriento y se atracaría con tanto alimento que habría puesto desesperadamente enfermo a cualquier otro niño, pero no afectaría a los órganos internos de hierro de mi hijo. Trataría con Ramsés a su debido tiempo. En el intervalo, su ausencia sólo podría añadirse a mi placer.

La gata Bastet estaba encaramada al borde de la tina, mirándome con esos ojos dorados rasgados. Estaba fascinada con los baños. Supongo que una inmersión total en el agua debía de parecerle un método raro de purificación.

Aunque Dahshoor está bastante cerca de El Cairo, no habíamos visitado la ciudad en las últimas semanas. Una pila grande de cartas y periódicos nos aguardaba; ante mi petición, Emerson dejó la puerta del cuarto de baño entreabierto y me leía el correo. Había varias cartas de Walter, el hermano de Emerson, y de su esposa, mi querida amiga

Evelyn. Nos felicitaban por nuestro regreso inminente y nos daban noticias de nuestras sobrinas y sobrinos.

El resto del correo era de poca importancia. Emerson lo dejó a un lado y se volvió hacia los periódicos, de los cuales había una acumulación de varias semanas. Escuché con perezosa diversión los recortes que escogió leer en voz alta, pero su noción de lo que yo podría encontrar interesante era bastante curiosa. El progreso de nuestras fuerzas en Sudán, sí, tenía interés en eso, ya que estaba tan cerca de casa (nuestra casa en espíritu, Egipto). Pero los anuncios de Daimler Wagonettes (un vehículo novedoso propulsado por un motor de combustión interna de dos cilindros) y la patente Lambeth de la Combinación de retrete y pedestal falló en inspirarme. No protesté, el profundo tono barítono de Emerson caía agradablemente en mis oídos y sus comentarios mordaces sobre «inconveniencias modernas» agregaban especia a las noticias mismas. Somnolientamente contemplé mis dedos, mientras flotaban en la superficie del agua olorosa y empecé a dar cabezadas, de las cuales fui groseramente despertada por el chillido de rabia de Emerson.

—¡De todas las tonterías infernales! —gritó.

Deduje que Emerson había cambiado el *The Times* por otro periódico, sin duda el *Daily Yell*, cuyas columnas a menudo provocaban tal reacción.

—¿Qué tonterías infernales, querido? —Pregunté.

Siguió una gran sacudida de páginas. Entonces Emerson exclamó:

—Como sospechaba. Tendría que haberlo sabido. ¡Tu querido amigo O'Connell es el autor de esta basura!

Estuve a punto de contestar que el señor Kevin O'Connell no era amigo mío, pero eso no habría sido estrictamente verdad. No lo había visto mucho en los últimos años, pero durante nuestra investigación del extraño asesinato de Lord Baskerville me había encariñado bastante con el joven periodista. Podía ser insolente e impertinente en el desem-

peño de su profesión, pero demostró ser un aliado leal en la época de nuestra necesidad desesperada y había sido bastante amable acerca del hecho de que Emerson le pateara en las escaleras principales del Shepherd.

—¿Qué ha hecho el señor O'Connell ahora? —Pregunté.

El periódico zumbó ruidosamente.

—Está con sus viejas artimañas, Peabody. Más momias malditas, más maldiciones... eh... maldiciones desconcertantes.

—¿De verdad? —Me incorporé, salpicando agua sobre las patas de Bastet, que se quejó y fijó su mirada dorada mí—. Perdón —dije.

—¿Qué? —gritó Emerson.

—Hablaba con la gata Bastet. Por favor, sigue, Emerson. Léeme lo que escribe.

—No creo —dijo Emerson.

—¿Disculpa, Emerson?

—Disculpa tú, Amelia —contestó mi marido, en un tono de helada dignidad—. No te leeré este artículo. De hecho, pienso destruir el periódico y todos los otros que contengan la menor referencia a este tema, que tiene, por razones que no puedo explicar, el efecto más extraordinario en tu cerebro generalmente competente.

—¿Competente, Emerson? ¿Competente, has dicho?

La respuesta de Emerson, si hubo alguna, fue ahogada por el sonido de papel siendo rasgado, arrugado, roto y pisoteado. Esperé a que el tornado amainara antes de gritar:

—¡De verdad, Emerson! No puedes destruir cada copia de ese periódico en El Cairo y tus acciones intensifican inevitablemente mi curiosidad.

Emerson empezó a murmurar entre dientes para sí mismo. Lo hace a veces. Capté unas pocas palabras... leve esperanza... persistencia deplorable... debería saberlo... después de todos estos años... seguí enjabonándome el pie sin más comentarios, el matrimonio me había enseñado el

hecho de que el silencio es a veces más efectivo que una discusión prolongada. Por último, reconociendo tácitamente la fuerza de mi argumento, comenzó a leer. Su voz estaba tan retorcida por el sarcasmo que sonó en falsete.

—Último ejemplo de la maldición. La momia real golpea otra vez. ¿Dónde terminará? El último martes, a las tres de la tarde, una prestigiosa visitante, una dama, se torció el tobillo después de resbalar sobre un corazón de manzana...

Me reí en voz alta.

—Muy bueno, Emerson. Muy humorístico, caramba. Ahora léeme la historia.

—La estoy leyendo —contestó Emerson—. Es imposible, Amelia, que yo satirice el estilo literario de tu amigo O'Connell. Esas son sus palabras exactas.

Su voz había bajado de tono, pero supe, por el uso de mi nombre, que todavía estaba molesto conmigo. Desde los días felices de nuestro cortejo en una tumba abandonada en el Medio Egipto, Emerson se ha referido a mí por mi apellido de soltera, Peabody, cuando se sentía cariñoso. Por mi parte, yo nunca sucumbo a la artimaña juvenil de emplear su nombre de pila, Radcliffe, que detesta. Él fue Emerson para mí entonces, y Emerson será siempre, el nombre santificado por recuerdos tan tiernos como emocionantes.

Sin embargo, fue finalmente persuadido de relatarme lo que había leído del caso. La momia maligna no residía en Egipto, como yo había supuesto, sino en los vestíbulos polvorientos de esa institución venerable, el Museo Británico. El tobillo torcido era un ardid bastante forzado del señor O'Connell, pero el incidente que había iniciado todo había sido mucho más grave, fatal, de hecho.

Al ir a su puesto en la Sala Egipcia una mañana, un guardia había descubierto el cuerpo de Albert Gore, un vigilante nocturno, extendido en el suelo delante de una de las vitrinas. El pobre hombre había sufrido aparentemente un infarto, y si se hubiera desplomado al lado de un jarrón